

Al Sr. Prof. S. Fossa Mancini

5000/101 FRENGUELLI

43

99



JOAQUÍN FRENGUELLI

5000/101

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS

EN LA

LAGUNA DE GUADALUPE

(SANTA FE)

De las *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, II, 57 y siguientes

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1932

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN LA LAGUNA DE GUADALUPE

(SANTA FE)

Por JOAQUÍN FRENGUELLI

Es objeto de este artículo ilustrar brevemente algunos elementos del acervo cultural de los indígenas que en tiempos protohistóricos o prehispánicos poblaron las márgenes occidentales de la laguna de Guadalupe (o de Stubal), en las inmediaciones de la ciudad de Santa Fe.

Los materiales que presento proceden de El Aromal, paraje situado sobre el mismo borde de la laguna, a una legua, más o menos, al norte de la rambla del pueblo de Guadalupe.

Debo a la exquisita amabilidad de la señora doña Amelia Larguía de Crouzeille la mayor parte de los objetos que tengo a la vista y el conocimiento del lugar de su procedencia, donde luego pude efectuar recolecciones personales.

Como es sabido, la laguna de Guadalupe es un extenso lago-pantano, de fondo chato y cenagoso, muy alargado de NNE a SSO. En su extremo norte recibe los arroyos Aguiar y Saladillo, y el arroyo de Leyes, brazo del río Paraná. Al sur, adelgazándose considerablemente, desemboca, frente al Parque Oroño (Santa Fe), en el río Santa Fe, otro brazo del Paraná que se desprende de este río para desembocar en el Salado frente al vecino pueblo de Santo Tomé. Más o menos podemos decir que su desarrollo longitudinal alcanza 24 kilómetros, mientras su ancho máximo apenas excede de una legua. Sin embargo, su espejo es susceptible de enormes variaciones, en relación casi exclusiva con las oscilaciones periódicas del nivel del Paraná. Más aún, podemos considerar a la laguna de Guadalupe como un verdadero estanque, insertado junto

a la margen derecha del inmenso álveo aluvional de esta grande arteria fluvial y sometido a su amplísimo juego de crecidas y estiajes. De esta manera, el espejo de la laguna, desde un máximo (crecidas extraordinarias) en que sus aguas invaden en el norte, los bañados de los arroyos tributarios y hacia el este llegan a juntarse con las del cauce principal del Paraná, puede reducirse (bajantes extraordinarias) hasta su completo desecamiento (lámina I).

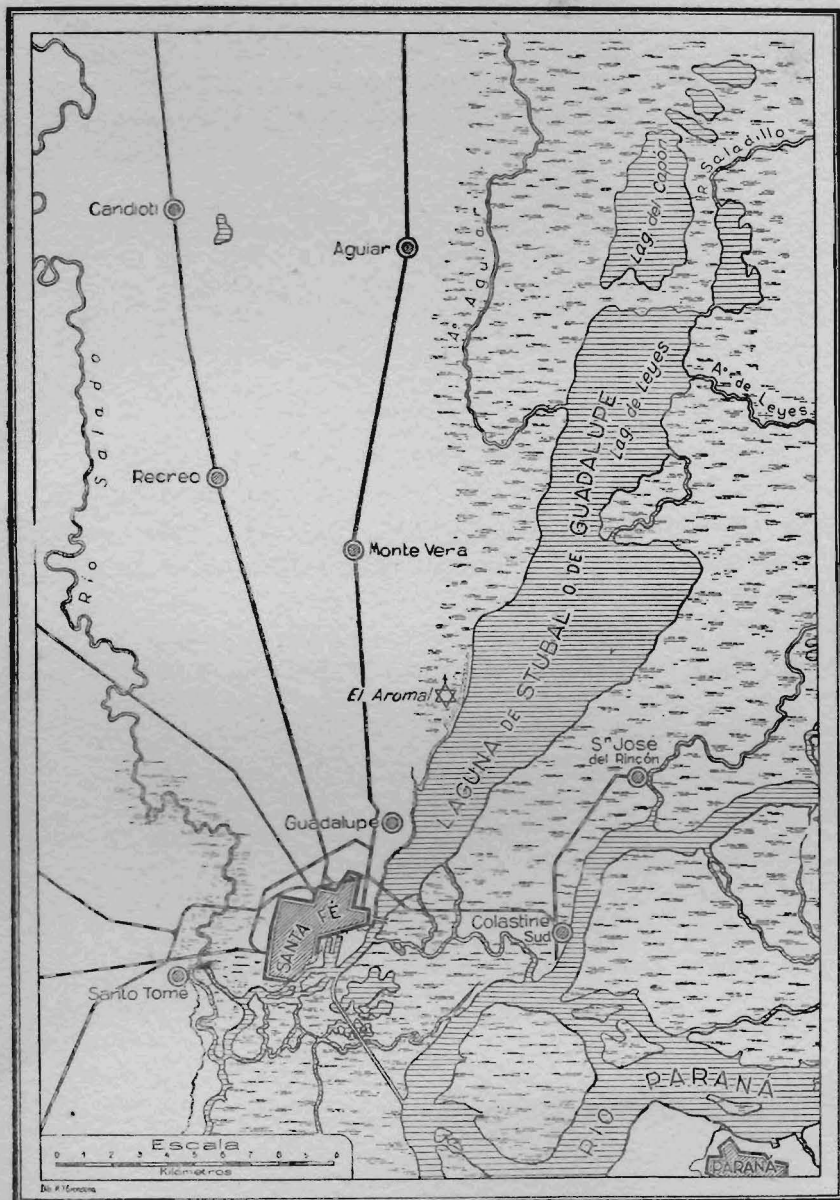
También morfológicamente es difícil establecer los límites de la laguna: en todo su perímetro el fondo chato va subiendo casi insensiblemente y se confunde con el llano circundante, en su mayor parte bajo y pantanoso. Únicamente debemos hacer una excepción para el extremo sur de su borde occidental, donde el límite máximo de la laguna está marcado netamente por una serie de pequeñas barrancas, cuya altura oscila entre 2 y 5 metros.

Estas barrancas, en activa destrucción por acciones meteóricas y, sobre todo, por las olas, que los vientos del este y noroeste levantan durante las grandes crecidas, ofrecen una composición geológica muy simple. Como he indicado en el croquis adjunto (figuras 1 y 2), la parte inferior, formando a veces todo el espesor de la barranca, se compone de un banco de limo pampeano medio (prebelgranense) compacto, de color pardo rojizo, con numerosas tosquillas calcáreas radiciformes, que, hacia arriba, pasa a loess más o menos lehmificado; la parte superior está constituida, en cambio, por un estrato de humus antiguo (Aimarense), denso, muy arenoso, de color gris-negro, recubierto por una capa delgada de humus pardo claro, actual. Hacia el sur ellas se continúan directamente con las barrancas de la margen derecha de los ríos Santa Fe, Salado y Carcarañá, formando parte de esa larga serie de barrancas que morfológicamente constituyen el verdadero borde derecho del grandioso y complejo álveo paranaense.

En cambio, hacia el norte ellas terminan muy pronto. En efecto, pasando la Quinta de los Zapateros, unos tres kilómetros desde la rambla de Guadalupe, desvían hacia noroeste y, alejándose rápidamente del borde de la laguna, se transforman en un amplio displayado de declive suave, densamente poblado de aromos (*Acacia moniliformis* Griseb.), de cuyo conjunto deriva el nombre de la localidad.

Entonces la costa queda substituida por una extensa zona baja de esteros y bañados que, casi sin interrupciones, sigue hasta los anegadizos del arroyo Aguiar.

Sin embargo, junto al borde de la laguna, la línea de la costa es, en



cierto modo, prolongada por un ancho albardón arenoso que se extiende por unos tres kilómetros hasta confundirse con la vasta playa arenosa del campo de Costanzó. Su anchura es de 50 a 75 metros y el promedio de su altura es de 3 metros sobre el nivel de las crecientes normales. Representa los restos de un antiguo cordón medanoso, cuyas

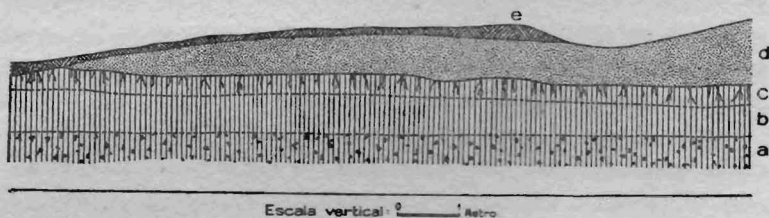


Fig. 1. — Perfil geológico frontal de la laguna de Guadalupe en las proximidades del pueblo del mismo nombre: a-b, limo y loess del pampeano medio; c, zona lehmificada del loess anterior; d, antiguo suelo arenoso con restos arqueológicos; e, humus actual.

arenas se coordinan con las del humus negro (aimarense) que cubre las barrancas próximas. En la actualidad se halla bajo la acción destructora de las olas y de los vientos; pero su destrucción es eficazmente retardada por su abundante vegetación de arbustos de acacias y árboles de curupí (*Sapium biglandulosum* var. *longifolia* M. Arg.) mezcla-

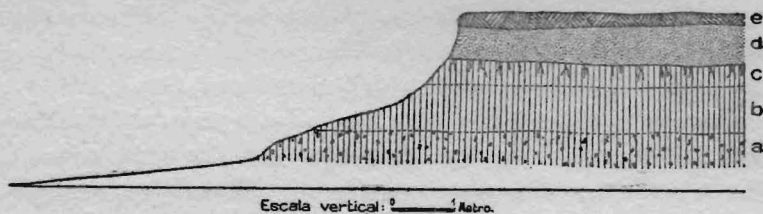


Fig. 2. — Perfil geológico transversal de la laguna de Guadalupe en las proximidades del pueblo del mismo nombre: a-b, limo y loess del pampeano medio; c, zona lehmificada del loess anterior; d, antiguo suelo arenoso con restos arqueológicos; e, humus actual.

dos con más escasos ceibos (*Erythrina crista-galli* L.) y sauces (*Salix Humboldtiana* Wlld.).

Como suele ocurrir en todos los casos análogos, aquí también los restos arqueológicos se hallan desparramados por la extensa playa arenosa que se descubre durante el descenso de las aguas lacustres; pero, como lo atestiguan los raros objetos que pueden sorprenderse *in situ*, derivan

de la destrucción del humus negro y del cordón medanoso. Por lo tanto, ellos aparecen por todo el trayecto de la costa donde aquellos elementos se hallan en destrucción.

Pero, mientras en el trecho barrancoso los restos industriales indígenas, representados casi exclusivamente por fragmentos de alfarería, aparecen raros y dispersos, al pie del albardón de El Aromal ellos se juntan, en cambio, en cantidad tan grande que, a veces, llegan a cubrir enteramente extensos trechos de la superficie del amplio displayado, especialmente en la zona de resaca.

Seguramente aquí, por condiciones ecológicas particularmente favorables, la vida indígena pudo desarrollarse en forma más densa y duradera. Y, en efecto, aún hoy, a pesar de las modificaciones corológicas introducidas por los procesos físicos y la actividad humana, podemos reconocer fácilmente que en este paraje concurren todos aquellos factores que, en toda la región del litoral paranaense, parecen haber constituido las mejores condiciones de medio ambiente para el desarrollo de la vida indígena: esto es, un amplio cordón de médanos, abrigado por vegetación herbácea y arbórea, suficientemente elevado para quedar al abrigo de las inundaciones, defendido por su situación entre laguna y estero, cerca del bosque propicio para la caza y junto a una cuenca de pesca abundante (lámina II).

No hay duda de que el albardón de El Aromal ofreció las mismas condiciones y ventajas que hicieron prosperar la vida indígena en los conocidos montículos arenosos de las islas y de las márgenes del Paraná, desde el Delta hasta la altura de Goya y Reconquista.

Como es sabido, también estos montículos, a veces erróneamente interpretados como «túmulos», representan restos de viejos médanos fijados por la vegetación sobre los bordes anegadizos del cauce principal, de sus brazos secundarios y del curso inferior de sus afluentes. En su conjunto ellos formaron un medio ambiente uniforme y peculiar, al cual correspondió también una población homogénea de tribus costeñas, de canoeros y pescadores, justamente atribuidas a la gran familia Mbayá-Guaycurú por Outes y Aparicio. La unidad étnica de estos antiguos pobladores, estrictamente vinculados a las orillas del Paraná y de sus islas, en el largo trayecto que va, por lo menos, desde Campana (Buenos Aires) hasta más arriba de Reconquista (Santa Fe), fué también claramente establecida, por los mismos arqueólogos, sobre la sorprendente uniformidad de su acervo cultural, tal como se revela por los numerosos restos exhumados en toda la zona de dispersión ya

mencionada y cuyas características principales son: extraordinario predominio de cerámicas, a la cual corresponde, en cambio, una extrema pobreza de instrumentos líticos; abundancia de representaciones plásticas zoomorfas, especialmente de psitácidos; «residuos de cocina» constituidos por despojos de moluscos, quelonios, peces y en menor número mamíferos (casi exclusivamente cérvidos, nutrias y dasipódidos); inhumaciones secundarias, junto al paradero, y dentro de hoyos en que se amontonaban sin orden las partes esqueléticas, después de privadas de sus tejidos blandos y decoradas, a veces, con pintura roja, etcétera.

También los restos de la costa de El Aromal muestran los rasgos típicos de esta cultura y ofrecen un acervo caracterizado por los mismos detalles tecnológicos y artísticos.

Las alfarerías, en su totalidad reducidas a pequeños fragmentos, como por intención deliberada, son generalmente porciones de tazas, vasijas, ollas y otros recipientes de uso doméstico, modeladas en una pasta grosera, casi siempre amasada con abundante *lacupé*¹ y mal cocida por cocción externa.

Los bordes de los recipientes, de sección muy variada (recta, curva, en bisel interno o externo, etc.), son lisos o grabados, más o menos profundamente, por surcos en forma de puntos, triángulos o líneas en series paralelas, aplicadas transversal u oblicuamente, densas o más o menos espaciadas entre sí. Menos frecuentemente son ondulados, festoneados o recortados en siluetas escaleriformes a veces complicadas. Frecuentes son los agujeros de suspensión, situados en proximidad de los mismos bordes.

Las paredes de los fragmentos en el mayor número de los casos son lisas; sin embargo, no son raros los fragmentos decorados con bandas de pintura monocroma (generalmente roja), y con grabados varios situados no sólo en la pared externa de las vasijas, sino también en la interna. Como de costumbre, los grabados son impresiones unguiculares, impresiones de redes, de cordel y de canasterías y, sobre todo, puntos, rayas y surcos continuos o, más frecuente, con escalonamiento interior. Estos últimos elementos decorativos, como siempre, están

¹ Creo útil generalizar esta denominación que, según E. Nordenskiöld (*Urnengräber und mounds im bolivianische Flachlande*, en *Baessler-Archiv*, III, 205 y siguientes, Leipzig-Berlín, 1913), los indígenas de Bolivia aplican al material conseguido de viejos fragmentos de vasijas «molidos en forma de arena» y mezclados, como antiplástico, al barro destinado a la confección de alfarerías.

reunidos en proximidad del borde de los recipientes formando guardas más o menos anchas, de líneas simples, rectas, quebradas u onduladas, paralelas entre sí, o grecas más o menos complicadas o, en fin, temas ornamentales ricos y variados.

Relativamente frecuentes son también los fragmentos de alfarería imbricada, y de los diferentes tipos ya descriptos oportunamente por Outes ¹.

Los apéndices, a modo de asidero, son muy variados. Los más comunes son asas en arco, lisas o decoradas con series de hoyos o de surcos, colocados, como de costumbre, en los flancos del vaso; las pequeñas asas constituídas por relieves alargados y deprimidos, aplicados verticalmente cerca del borde del recipiente y perforados por un agujero de suspensión; los asideros marginales constituídos por una simple prolongación del borde de la boca del vaso en forma de eminencia triangular de vértice romo o de perfiles más complicados, inclusive los recordados en forma de «siluetas» zoomorfas; en fin, asas ornamentales, también situadas junto a la boca de los recipientes y constituídas por los conocidos temas zoomorfos, representando, en relieve completo, cabezas de monos, ciervos, peludos, palomas, lechuzas y loros, especialmente. Más raras parecen las asas en forma de caracoles (*Ampullaria*); rarísimas las representaciones humanas.

Junto con los elementos anteriores se hallan mezclados con relativa frecuencia fragmentos de alfarerías gruesas, macizas, bien cocidas, correspondientes a esas cerámicas perforadas, generalmente zoomorfas, bien conocidas en todo el litoral paranaense y cuyo uso no está aún completamente esclarecido ².

Muy raros son los torteros de huso. Hallé un sólo fragmento de cinco centímetros de diámetro y ocho milímetros de máximo espesor, en barro negro mal cocido, decorado sobre una sola cara con rayas rectas, de unos cinco milímetros de largo, distribuídas paralelamente en series secantes con respecto a la circunferencia del tortero.

En fin, entre los objetos de barro cocido cabe señalar algunas masas de arcilla generalmente arenosa, sin forma determinada, al parecer

¹ FÉLIX F. OUTES, *Nuevos rastros de la cultura guaraní en la cuenca del Paraná inferior*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, LXXXV, 153 y siguientes, Buenos Aires, 1918.

² Según Antonio Serrano (*El área de dispersión de las llamadas alfarerías gruesas del territorio argentino*, en *Physis*, X, 181 y siguientes, Buenos Aires, 1930), este tipo particular de cerámica se hallaría distribuído a lo largo del río Paraná, más o menos entre los 30° 30' y 32° 30' de latitud sur, en la zona ocupada por la «nación» Chaná-Timbú en el momento histórico de la conquista.

irregular y groseramente empastada entre la yema de los dedos y con vestigios de cocción muy prolongada. Quizá no fuera del todo aventurado suponer que estas masas, halladas por mí también en otros paraderos dentro y fuera de la región del litoral paranaense, hubieran servido de simple sostén a las cerámicas durante su cochura al aire libre ¹.

Pasaría los límites propuestos una descripción prolija del material arqueológico que tengo a la vista. Creo indispensable, sin embargo, detenerme un poco sobre algunos elementos especiales.

En casi todos los paraderos de la región paranaense, entre los restos que corresponden al acervo cultural propio y característico, suelen aparecer objetos raros y aislados que, por su misma naturaleza o por la técnica de su realización, se apartan del tipo común y uniforme. A veces se trata, evidentemente, de materiales importados de otra área cultural; otras, en cambio, responden probablemente a iniciativas individuales, a maneras locales o exóticas. No se puede descartar tampoco que, en algunos casos, ciertos elementos aparecen peculiares o extraños sólo por incompleto conocimiento de este tipo de cultura.

Parece valorar esta suposición el hecho de que algunos objetos, considerados en un principio como expresiones de artistas locales, luego aparecieron esporádicamente en yacimientos diferentes y alejados entre sí. Es el caso, por ejemplo, de las «siluetas», cuyo tipo fué establecido muy oportunamente por Aparicio ² sobre ejemplares procedentes del Paracao cerca de la ciudad de Paraná (Entre Ríos) y de Puerto Gaboto, luego aparecidas también en los paraderos del Malabrigo y ahora en los de El Aromal.

Pero en este último paraje, junto con las «siluetas» del tipo descrito por Aparicio, aparecen además otras representaciones plásticas que podríamos colocar en la misma categoría por cuanto también ellas representan figuras zoomorfas recortadas sobre planchas delgadas de tierra modelable y no esculturas de relieve completo. También formaron asideros marginales decorados como prolongación directa del borde

¹ El fogón probablemente destinado a la cocción de alfarería, tan común a lo largo del río Salado de Santa Fe y dependencias (Mar Chiquita de Córdoba), es desconocido en toda la cuenca del Paraná. Masas análogas, amasadas con las yemas de los dedos, pero sin darles forma determinada, han sido halladas por mí también en el paradero del arroyo Las Tejas, entre Coronda y Diamante. Las mismas se hallaron en abundancia en los paraderos de Lázaro (Santiago del Estero), conteniendo detritus de varia especie y hasta caracoles de *Ampullaria caniculata* Lam., enteros.

² FRANCISCO DE APARICIO, *Un nuevo tipo de representaciones plásticas*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, LI, 94 y siguientes, Buenos Aires, 1923.

bucal de las vasijas. Difieren, sin embargo, por características inconfundibles.

Mientras las «siluetas» ya conocidas están limitadas, interna y externamente, con respecto a la cavidad del recipiente, por dos superficies planas, de las cuales una sola ha sido decorada por surcos de presión, generalmente escalonados, persiguiendo una mayor caracterización del sujeto o un simple tema ornamental, el nuevo tipo, en cambio, presenta siempre ambas caras levemente modeladas y con decoración incisa complementaria, siempre con la evidente intención de conseguir una expresión realista del animal representado.

Tengo a mi disposición seis de estas interesantes representaciones. Tres de ellas (láminas IV, *a* y V, *a*, *b*) con toda seguridad reproducen cabezas de loros, representación de constante preferencia: el ojo ha sido conseguido mediante un hoyito circular grabado en el vértice de una pequeña eminencia globosa, más o menos pronunciada; la quebradura del surco que divide las dos piezas del pico y que se halla bien marcada en la mayor parte de los casos, reproduce bastante bien la característica escotadura del *tomium* maxilar de los Conuros.

Una cuarta (lámina IV, *b*) presenta detalles análogos y podría interpretarse también como la cabeza de un psitácido mal caracterizado, especialmente en lo que se refiere al ápice del pico; o de un mamífero de muy difícil filiación.

La quinta (lámina V, *c*) evidentemente quiso representar la cabeza de una paloma. A pesar de que el escalonamiento interno del grueso surco, ejecutado para marcar la ranura bucal, podría simular una hilera de dientes, no hay duda de que la figura lleva pico de ave; y un pico netamente caracterizado por la protuberancia abultada que lleva en la base de ambas ramas maxilares, figurando el opérculo inflado que cubre las ventanas nasales, tan característico y exclusivo del pico de las palomas. El abultamiento de tales opérculos ha obligado al artista a dar a su escultura un espesor insólito para este tipo de representaciones; pero únicamente al nivel del detalle mencionado. En realidad es una excepción en que vemos un detalle morfológico el cual no sólo ha sido reproducido en relieve completo, sino que hasta parece haber sido exagerado en sus proporciones por el artista preocupado del valor expresivo del mismo. Es también poco frecuente la forma del ojo conseguido mediante un amplio surco circular (por lo menos en la intención del artista) y con escalonamiento interno.

En fin, la sexta (lámina IV, *c*), seguramente quiso representar la ca-

beza de un mamífero, probablemente un felino (tigre o gato): así parece definirla el aspecto de la apertura bucal conseguida, no por medio de su surco continuo (escalonado o no), sino por una serie de hoyos más o menos marcados. Entre los hoyos el artista ha dejado pequeñas aristas, una sobre un lado y tres sobre el otro, que dan realmente la impresión de dientes: la última arista de un lado, simétrica con la única del lado opuesto, más marcada y de proporciones mayores, parece trazar el canino, si bien un canino situado demasiado atrás. Completa la caracterización de la pieza la forma de la cabeza redondeada y pequeña y la del hocico ancho y corto. Como en los psitácidos, el ojo ha sido ejecutado mediante un pequeño hoyo circular, rodeado por un pequeño relieve de la pasta en forma de rodete, borroso en su borde superior.

En esta pieza y en una de las que reproducen psitácidos (lámina V, a) la base de la figura, constituida por la parte residual de las paredes del tiesto roto, conserva una porción de la periferia de un amplio horado cuyo diámetro debió alcanzar 22 y 13 milímetros, respectivamente. En todas las demás, por la exiguidad del fragmento, no es posible comprobar la existencia o no de este interesante detalle.

La pasta usada para modelar las diferentes figuritas responde a los caracteres de composición, confección y cochura ordinarios para la cerámica de la región. La de las piezas reproducidas en la lámina IV, a y b, es de color ladrilloso pardusco, por lo menos en sus superficies, donde más intensamente ha actuado la acción del fuego. La pasta de la figurita incluida en la lámina V, a es uniformemente de color pardo oscuro, casi negra por su abundante mezcla de *tacupé* de este color. En cambio la de las piezas representadas en las láminas IV, a y V, b y c, es completamente negra según el color conseguido por mezcla de polvo de carbón, mediante el procedimiento ya señalado por Outes ¹.

A pesar de que figuras y dibujos relativos están representados en escala, en el cuadro siguiente incluyo para mayor exactitud las medidas principales en milímetros, de las seis piezas, advirtiendo que la medida de altura corresponde al alto total del fragmento, mientras las demás dan el ancho y el espesor máximos de la figuritas zoomorfas y no de la porción del vaso a la cual eventualmente se hallan aún adheridas:

¹ FÉLIX F. OUTES, *Nuevo jalón septentrional en la dispersión de representaciones plásticas de la cuenca paranaense y su valor indicador*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, LXXXV, 53 y siguientes, Buenos Aires, 1918.

Figuras	10	11	12	13	14	15
Espesor . .	12,5	12,8	15,0	12,8	17,2	14,0
Ancho . . .	32,0	35,0	30,0	27,5	33,0	28,7
Alto	42,5	33,5	36,0	31,0	36,0	51,0

Al comparar las cifras llama la atención la semejanza de las que indican el ancho y sobre todo el espesor de las diferentes piezas. En cuanto a este último se destaca un poco la incluida en lámina V, b, cuyo mayor espesor es debido a la exagerada prominencia del bulto de un ojo (probablemente el externo con respecto a la cavidad del tiesto de que formaba parte) y algo más la de la lámina V, c por el notable abultamiento de las escamas operculares nasales.

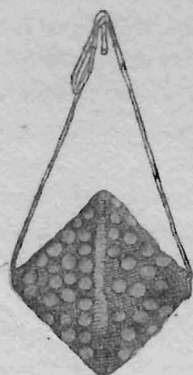


Fig. 3. $\pm 1/1$

Otro objeto especial y único es el que reproduzco en la figura 3. Es también en barro cocido de color pardo oscuro, cuya pasta difiere de la cerámica común por contener abundante arena silicea, en reemplazo del habitual *tacupé*. Su forma es la de un sólido bicónico, con vértices algo truncados para dar lugar a los orificios de un canal axial cilíndrico, que perfora la pieza de punta a punta. Sus dimensiones son: alto 27,5 milímetros, diámetro 28,5 milímetros, calibre del canal (orificios) 2,3 milímetros. La superficie de ambos conos lleva decoraciones compuestas por pequeños hoyos circulares de 1 milímetro y medio de diámetro, aproximadamente, y de poca

profundidad: excepcionalmente hasta 1,5 milímetro a 2. En una de ellas (figura 4) el motivo decorativo consiste en una serie circular de 12 hoyos que circunda el orificio del vértice correspondiente más o menos a una distancia de 4 milímetros del labio del mismo orificio, y del cual salen, irradiando hacia la base del cono, 14 series lineales curvas de 2 a 4 hoyitos cada una. En cambio, en la cara opuesta la composición ornamental es algo borrosa; sin embargo, parece que la intención del alfarero fué la de ejecutar un motivo análogo al anterior, pero invertido, por cuanto las líneas curvas de hoyitos salen de una serie circular grabada junto al borde de la base del cono correspondiente y no del labio del orificio.

Por su forma y la estrechura de su perforación, apenas suficiente

para dar paso a un cordel delgado o a un tiento fino, el objeto debió ser una pieza de enhebrar y probablemente una cuenta de collar.

Es el primer hallazgo que conozco de cuentas de barro cocido, realizado en estas regiones. El pendiente de los paraderos del río Malabrigo ilustrado por Aparicio ¹ tiene con éste una cierta analogía por cuando también puede reducirse a un sólido bicónico.

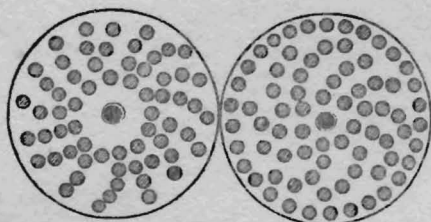


Fig. 4. — Dibujo esquemático de la decoración de la cuenta de barro (aumentado)

Sin embargo, los vértices son más gruesos, romos, y más prolongados, y la arista por la cual pasa el plano de simetría ha sido suavizada en una superficie ampliamente convexa, de manera que el objeto asume la forma de un pequeño limón. Además, la perforación destinada al paso del hilo no ocupa una posición axial, sino horada transversalmente sólo uno de los vértices de la pieza.

En fin, otro hallazgo, único para El Aromal y toda la región del litoral, consiste en una pequeña *huaica* en turquesa. Como de costumbre, se trata de un pequeño disco, de superficies algo irregulares, atravesado por una perforación central de forma cilíndrica. La piedra, la cual ha sido labrada por alisamiento de frotación, es de color verde claro, ligeramente celeste. El diámetro del disco es de 7 milímetros, su espesor 2,2 milímetros, el calibre de la perforación 2 milímetros, aproximadamente.

Dentro del acervo de los indígenas de El Aromal, esta pequeña cuenta de collar representa un elemento absolutamente exótico, sin duda llegado por trueque desde lugares lejanos. Probablemente proviene de la región andina donde las *huaicas* de piedra (malaquita, lapislázuli, crisocola, esteatita, sodalita y turquesa especialmente) se hallan en abundancia; con toda probabilidad a través de los indígenas del territorio de Santiago del Estero, que también usaron las mismas piedras como elementos de adorno personal.

¹ JOAQUÍN FRENGUELLI y FRANCISCO DE APARICIO, *Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo*, en *Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación*, I, 85, figura 114, Paraná 1923.



a

Orilla occidental de la laguna de Guadalupe, entre la rambla y El Aromal, en aguas medias (vista hacia el sur)



b

Orilla occidental de la laguna de Guadalupe, en la rambla, en aguas altas (vista hacia el norte).
En el horizonte, el pequeño grupo de árboles corresponde a la Quinta de los Zapateros y la punta extrema a El Aromal.



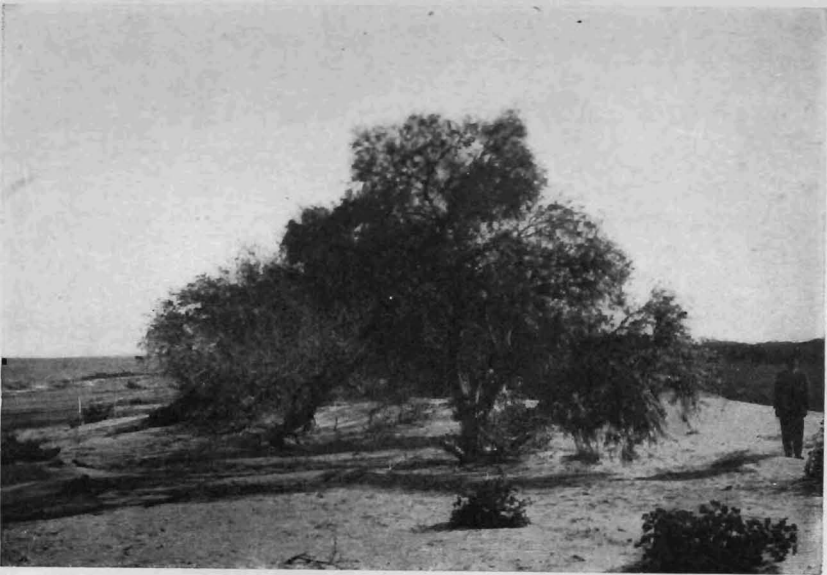
c

Lecho de la laguna de Guadalupe completamente desecado



a

Declive oriental del albardón arenoso descendiendo hacia la playa de la laguna

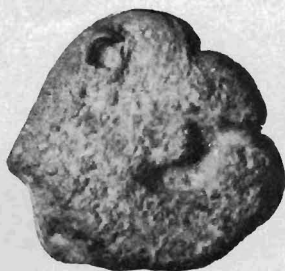
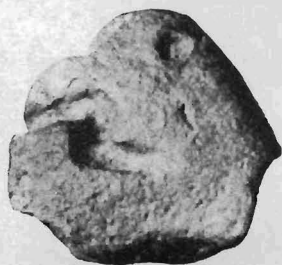


b

Extremo norte del albardón arenoso — mirando hacia el sur — entre el estero, a la derecha, y la laguna, a la izquierda



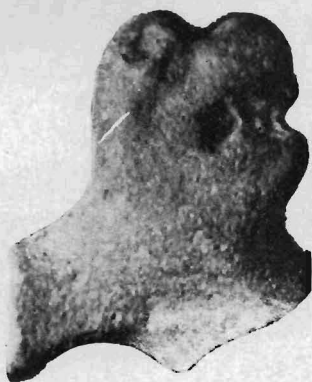
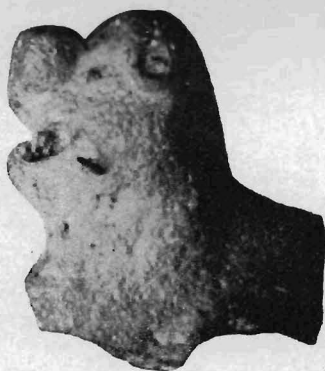
Interior del albardón arenoso en su punto más alto



a

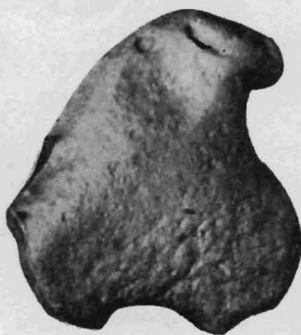


b

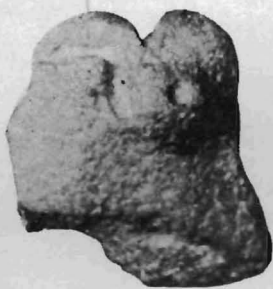


c

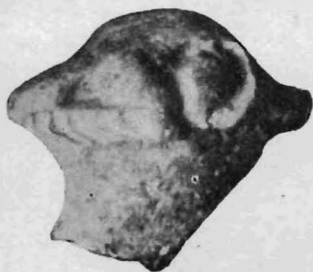
Siluetas zoomorfas modeladas sobre ambas caras



a



b



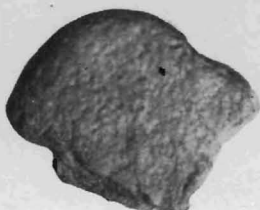
c



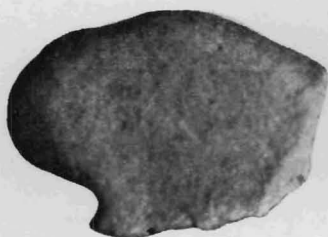
Siluetas zoomorfas modeladas sobre ambas caras



a



b



c



d

Siluetas zoomorfas modeladas sobre una sola cara